

MÓDULOS DE VIDEOCONFERENCIAS

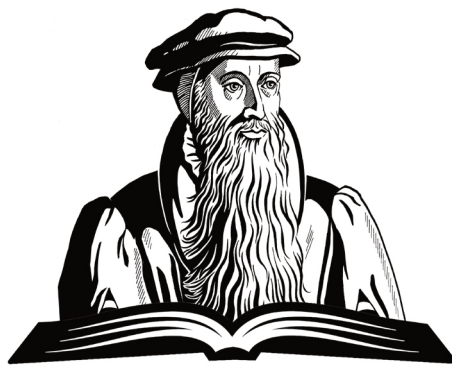
Teología Sistemática

Rev. Robert McCurley (ThM)

Módulo 1: Prolegómenos

Lección #6

Los atributos de las Escrituras



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con ánimo de lucro, a excepción de citas breves con el solo propósito de revisar, comentar o investigar, sin el permiso por escrito del editor, el Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Santa Biblia, RV-SBT, copyright © 2023 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.

Las traducciones de los documentos confesionales históricos, tales como, la Confesión de Fe de Westminster, el Catecismo Menor de Westminster y el Catecismo Mayor de Westminster fueron usados con el permiso de la Editorial de la Academia de Teología Reformada © 2024.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El Rev. Robert McCurley es ministro del evangelio de la Greenville Presbyterian Church [Iglesia Presbiteriana de Greenville], en Taylors, Carolina del Sur; una congregación de la Free Church of Scotland (Continuing) [Iglesia Libre de Escocia (Continuada)], del presbiterio de los Estados Unidos de América.

www.greenvillepresbyterian.com

The image shows the top section of a document, which is a cover for a theology course. It features a background image of classical stone columns. Overlaid on this image is the title 'Teología Sistemática' in a large, white, serif font. Below the title, in a smaller white font, is 'Módulo 1: Prolegómenos' and 'por el Rev. Robert McCurley'.

Teología Sistemática

Módulo 1: Prolegómenos
por el Rev. Robert McCurley

INTRODUCCIÓN:

1. Metodología
2. Credos y confesiones

PRIMEROS PRINCIPIOS:

3. La naturaleza del conocimiento teológico
4. La revelación general y especial
5. La inspiración de las Escrituras
- 6. Los atributos de las Escrituras**
7. El canon de las Escrituras
8. La preservación y traducción de las Escrituras
9. La interpretación de las Escrituras
10. La continuidad de las Escrituras

TS 1: Prolegómenos
por el Rev. Robert McCurley

Lección #6

*Los atributos
de las Escrituras*

En los asuntos del día a día de la vida familiar, los desacuerdos y las disputas entre hermanos se suelen resolver respondiendo a la pregunta: «¿Quién manda aquí?». Muchos hermanos pueden estar discutiendo sobre lo que quieren hacer en un día determinado: un hermano insiste en que deberían salir a jugar bajo la lluvia, el otro dice que deberían jugar dentro de la habitación, y la hermana dice que ya es la hora de la comida.

La discusión finalmente acaba, cuando el hermano menor les recuerda que papá les ha dejado una nota con instrucciones antes de salir de casa. Cuando ellos leen la nota, se dan cuenta que papá les ha dicho que se queden dentro y no salgan por la lluvia, que primero limpien su habitación, y que luego preparen la comida, antes de hacer cualquier otra cosa dentro de la casa. La nota de papá pone fin a la discusión.

¿Por qué? Porque, como su padre, él tiene la autoridad para mandarles, y su instrucción fue clara, dejándoles exactamente lo que necesitaban saber. Por lo tanto, los niños debían acatar las instrucciones de la nota de papá. El pueblo de Dios se halla en circunstancias similares.

El Señor les ha provisto de instrucciones perfectas en su Palabra, la Biblia. Esa Palabra responde a la pregunta: «¿Quién manda aquí?». La Palabra

de Dios tiene la autoridad de Dios, y estas Escrituras autoritativas son claras y del todo suficientes, proveyendo todo lo que necesitamos saber sobre la voluntad de Dios. El apelar a la Biblia, por lo tanto, pone fin a todas las discusiones y controversias dentro de la iglesia.

En este primer módulo de teología sistemática, estamos viendo la doctrina de los primeros principios, centrándonos principalmente en la doctrina de las Escrituras. En la lección anterior, hemos visto la doctrina de la inspiración de las Escrituras. Ahora veremos algunos de los atributos de las Escrituras que se derivan de su inspiración. Lo veremos bajo un enfoque escritural, doctrinal, polémico y práctico.

Así pues, en primer lugar, consideremos el aspecto escritural. Cubriremos este punto brevemente. En 1 Tesalonicenses 2:13, leemos: «Por lo cual también nosotros damos gracias a Dios sin cesar de que habiendo recibido la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual obra en vosotros los creyentes».

Entonces, Pablo le dice a los tesalonicenses que los creyentes reciben la Palabra de Dios. El origen de esta Palabra no radica en los hombres, que son falibles, sino en el Señor mismo, con su autoridad divina. Él también dice que la Palabra de Dios es más que suficiente para su salvación, que obra «eficazmente» en los que creen.

Dios no solo la envió, sino que ellos también la recibieron. No se les dejó confundidos o dubitativos acerca de la voluntad de Dios. Esta llegó a ellos con claridad, para que pudieran comprenderla y aplicarla. Era esta Palabra la que les daba el fundamento para su fe, y era esta Palabra a la que debían atenerse.

Cualquier disputa que surja, debe hacer al creyente volver a la autoritativa, suficiente y clara Palabra de Dios para obtener la respuesta. Así que, las palabras de Pablo en 1 Tesalonicenses 2:13 nos presentan la autoridad de las Escrituras, y algunos atributos de la Biblia que fluyen de esa autoridad.

En segundo lugar, necesitamos considerar una perspectiva doctrinal de algunos atributos de las Escrituras. Específicamente, consideraremos cuatro de sus atributos: su autoridad, su suficiencia, su claridad y su rol como juez

supremo en las controversias. Expondremos aquí algunas de las distinciones y categorías más detalladas que la Biblia nos provee.

Pensemos, pues, en estos cuatro atributos de las Escrituras. El primero es la autoridad de las Escrituras. Este lo encontramos resumido en la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 1, párrafo 4: «La autoridad de las Sagradas Escrituras, por la cual han de ser creídas y obedecidas, no depende del testimonio de ningún hombre o iglesia; sino enteramente de Dios (quien es la verdad misma), el autor de ellas; y, por tanto, han de ser recibidas porque son la Palabra de Dios».

Así que, la Biblia goza de autoridad divina porque su autor es el Espíritu Santo, que es Dios mismo. Como consecuencia, las Escrituras nos hablan con la autoridad de Dios. En 1 Corintios 2:12-13, leemos: «Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha concedido; lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu Santo, acomodando lo espiritual a lo espiritual».

Ahora bien, esta autoridad de las Escrituras está relacionada con el hecho de que ellas mismas dan testimonio de sí, y dan crédito de sí. Ellas se atestiguan a sí mismas, y se acreditan a sí mismas. ¿Por qué? Porque Dios es el más indicado para dar testimonio de sí mismo.

Piensa en 1 Juan 5:9: «Si recibimos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor; porque este es el testimonio de Dios, que ha testificado acerca de su Hijo». O, en lo que Jesús dijo en Juan 5:39: «Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí». Podemos ver esto de diferentes maneras.

En primer lugar, hay un testigo objetivo. Las Escrituras afirman ser la Palabra de Dios. Piensa en cuántas veces, al leer el Antiguo Testamento, se repite una, y otra, y otra vez las palabras: «Así dice Jehová». Así que allí, en la Biblia misma, Dios está afirmando que él es quien habla por estas Sagradas Escrituras, y por sus profetas que estaban escribiendo estos textos sagrados.

Verás más de lo mismo en el Nuevo Testamento, con respecto al Antiguo Testamento. Recordarás cómo en el sermón del monte, en Mateo 5, Jesús

insiste al decir que ni una jota ni una tilde, de la Palabra de Dios pasará, antes bien, los cielos y la tierra pasarán. Recordarás también que en la última lección vimos que estas Escrituras fueron inspiradas por Dios.

Así que, el Nuevo Testamento se ve a sí mismo, y también al Antiguo Testamento, como algo que goza de autoridad divina. De hecho, puedes ver cómo el Nuevo Testamento afirma esto mismo de sí. Por ejemplo, en 2 Pedro, el apóstol hace mención de los escritos de Pablo, tratando a sus epístolas en el capítulo 3, verso 16, como «Escrituras». Es decir, él consideraba los escritos de Pablo como Escrituras. Y, fueron las «Escrituras» lo que Timoteo comprobó, en 2 Timoteo 3, que pueden hacernos «sabios para salvación».

Así que, vemos que la Biblia da testimonio de su propia autoridad, y las Escrituras muestran las evidencias de su origen divino. Puedes verlo en la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 1, párrafo 5. Permíteme destacar solo unos puntos de este párrafo sobre cómo las Escrituras demuestran y evidencian tener su origen divino.

Lo verás, primero, en su contenido y su estilo; el énfasis de la Confesión está en su «majestad» y pureza. Ahora bien, puedes ver que el Antiguo Testamento hace referencia a esto, en Oseas 8:12, o en los Salmos, como el Salmo 12:6; el Salmo 119:140; y también lo verás en el Nuevo Testamento, en 1 Corintios 2.

Las Escrituras también muestran evidencias de su origen divino por su concordancia, con que toda la Biblia está armonizada. De nuevo, en palabras del párrafo de la Confesión sería: «la concordancia de todas las partes, el propósito del conjunto (que es dar toda la gloria a Dios)». Así, pues, descubrirás que la Biblia es perfectamente coherente y perfectamente consistente consigo misma; por lo que, no se contradice, lo cual, por supuesto, es imposible, ya que Dios es el autor.

Otra prueba que lo demuestra está relacionada con su poder. El Catecismo Mayor¹ dice: «por su luz y poder para convencer y convertir a los pecadores, [y para edificarlos en santidad por medio de la fe para salvación]». El

¹ La cita no se encuentra en la Confesión de Fe de Westminster como tal, sino que se trata de una cita compuesta a partir de las respuestas del Catecismo Mayor y Catecismo Menor de Westminster, a las preguntas 4 y 89 respectivamente, sobre cómo las Sagradas Escrituras prueban ser la Palabra de Dios, y cómo ella es hecha eficaz. Consecuentemente, en español, se ha intercambiado la palabra Confesión por Catecismo Mayor (N. del T.)

Salmo 19 lo dice, así como Hebreos 4, y otros pasajes. Así que, al abrir tu Biblia, verás las pruebas que se encuentran allí sobre su origen divino.

Además, respecto a la autoridad de las Sagradas Escrituras, no solo tenemos lo que la Biblia dice de sí misma, no solo tenemos la evidencia reflejada en el contenido mismo de la Escritura, sino que hay otro componente que también es esencial: estamos hablando del testimonio interno del Espíritu.

Anteriormente, hice referencia a la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 1, párrafo 5. Al final de ese mismo párrafo, dice: «No obstante, nuestra plena persuasión y seguridad de la verdad infalible y autoridad divina de ella proviene de la obra interior del Espíritu Santo, que da testimonio por y con la Palabra en nuestros corazones».

Así que, para estar persuadidos y seguros de su autoridad divina, necesitamos la obra del Espíritu. Y, eso debería ser bastante obvio, porque la regeneración, o nuevo nacimiento, es un prerrequisito, es necesario para ser capaz de reconocer la autoridad de las Escrituras.

Recuerda las palabras de Pablo, en 1 Corintios 2:12-14, donde dice que el hombre natural no puede recibir las cosas que son del Espíritu «porque se han de juzgar espiritualmente», ¿verdad? Porque él está espiritualmente muerto. Es por eso que Jesús le dijo a Nicodemo: «Os es necesario nacer de nuevo». Así que, necesitamos la obra del Espíritu, obviamente, para regenerar nuestras almas, y, su obra también es necesaria para llegar a la verdad. El hombre natural es espiritualmente ciego.

Notarás como la Confesión dice que el Espíritu obra «por y con» la verdad. Así que, no es que el Espíritu vendrá a nosotros independientemente de las Escrituras, sino que, es leyendo las Escrituras, escuchándolas en la predicación, que el Espíritu obra mediante su testimonio interno para persuadirnos, para mostrarnos y demostrarnos la autoridad de Dios en la Biblia.

El Espíritu también ilumina la mente del creyente, capacitando así nuestras mentes para ver la verdad, y confirmando la convicción de la verdad en nosotros. De este modo, somos llevados a reconocer la autoridad de las Escrituras.

Ahora bien, dicho todo esto, las Escrituras se dirigen a nosotros autoritativamente, sea que la reconozcamos o no. Su autoridad no depende de cómo

nosotros la veamos; antes bien, nuestro aprovechamiento depende de cuánto seamos capaces de ver y reconocer la autoridad de las Escrituras. Pero, ellas tienen autoridad de por sí.

Entonces, hemos visto el atributo de la autoridad de la Biblia. El segundo atributo es la suficiencia de las Escrituras. Este está resumido en la Confesión de Westminster, capítulo 1, párrafo 6: «Todo el consejo de Dios tocante a todas las cosas necesarias para su gloria, la salvación, fe y vida del hombre, o bien está expresamente expuesto en la Escritura, o por buena y necesaria consecuencia puede ser deducido de la Escritura; a la cual nada, en tiempo alguno, ha de añadirse, ya sea por nuevas revelaciones del Espíritu o por tradiciones de los hombres».

Entonces, la suficiencia de las Escrituras enseña que todo lo que necesitamos para la vida y la piedad, o para la fe y la práctica, se encuentra en la Biblia misma. Así que, la Biblia nos provee lo necesario para hacernos «sabios para salvación», por la fe en el Señor Jesucristo.

Recordarás el relato de Jesús cuando estaba de camino a Emaús con sus dos discípulos, y cómo les citó las Escrituras, pasando por Moisés, los Salmos y los profetas, declarándoles lo que éstas decían de él. Él dirigió sus mentes, sus corazones, a las mismísimas Escrituras.

La Biblia es suficiente para hacer del creyente enteramente «preparado para toda buena obra»; esto es así. Cualquier cosa que nos dirija, o intente dirigirnos, en nuestro conocimiento o servicio a Dios, amenaza a la suficiencia de las Escrituras.

Así que, ya sean nuestras ideas, las ideas de otros hombres, sea cualquier tipo de experiencia mística sobrenatural, o sea una tradición, o una tradición histórica de una iglesia particular, cualquier cosa, en definitiva, que busque dirigirnos aparte de la Biblia, es una amenaza para la suficiencia de las Escrituras.

Este principio de la suficiencia de las Escrituras explica el por qué la forma de la verdadera adoración a Dios siempre ha estado en el centro de lo que significa ser un cristiano bíblico. Solo la Biblia es suficiente para enseñarnos cómo Dios debe ser adorado; tal como veremos más adelante.

Entonces, lo primero que hemos visto es la autoridad de las Escrituras; lo segundo, la suficiencia; y lo tercero sería la claridad de las Escrituras. El término teológico, en realidad, es la perspicuidad de las Escrituras, que hace referencia exactamente a lo mismo: a la claridad de las Escrituras.

Esto está resumido en la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 1, párrafo 7: «En la Escritura no todas las cosas son igual de sencillas en sí, ni igual de claras para todos; sin embargo, aquellas cosas que son necesarias conocer, creer y guardar para la salvación, están tan claramente presentadas y expuestas en un lugar u otro de la Escritura, que no tan sólo los doctos, sino también los indoctos, con un debido uso de los medios ordinarios, pueden alcanzar un entendimiento suficiente de ellas».

Así que, la Escritura es clara, o perspicua, con respecto a todo lo que necesitamos conocer para nuestra salvación. En otras palabras, el mensaje principal de la Biblia —el evangelio— puede ser comprendido fácilmente, hasta por un niño. La mayoría de personas puede entender lo que la Biblia enseña, y esto es porque la Escritura es clara en sí misma. Se suele hablar de ella como una luz: es luz para nuestros pies, y lumbrera a nuestro camino. Una luz que alumbra la habitación, y te permite ver más claramente.

Cuando no es clara, cuando la Escritura parece, a veces, confusa, bueno, la falta está en nosotros, no en el Señor. La Escritura resulta confusa e infructuosa, por ejemplo, para los no regenerados, como vimos anteriormente. Ellos están ciegos, espiritualmente ciegos, por eso no pueden verla. La Escritura puede ser más o menos clara para los creyentes, requiriendo, a veces, una interpretación más cuidadosa, que compara la Escritura con la Escritura. Tocaremos este tema más al detalle en una lección posterior.

Entonces, hemos dicho que las Escrituras son claras; sin embargo, las Escrituras no son igualmente claras en todas sus partes, o en todas sus doctrinas. Piensa en cómo la Biblia habla sobre el hecho de que hay «misterios», y los llama como «profundidades de Dios», por ejemplo, en 1 Corintios 2:10, y Hebreos 5, al final del capítulo.

También se destaca la diferencia entre «leche» y «alimento sólido». Algunos solo pueden ingerir leche. Los más maduros, aquellos que se han ejercitado más en el conocimiento de la verdad, que tienen mayor discernimiento, son capaces de comer alimento sólido, o entender cosas más difíci-

les. Esto es interesante, porque incluso a Pedro le resultaba difícil de entender algunos escritos de Pablo; fíjate sino en 2 Pedro 3:15-16.

Esta es la razón por la que Dios ha ordenado pastores y maestros para que ayuden al pueblo de Dios a entender las Escrituras. Efesios 4:11 en adelante dejan esto claro: Dios ha dado apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros para el beneficio del pueblo de Dios.

Aunque debemos beneficiarnos de la provisión de maestros por parte del Señor, debemos contrastar sus enseñanzas con las Escrituras. Aquí tenemos el ejemplo de los bereanos, en Hechos 17:11, donde dice que ellos estaban «escudriñando cada día las Escrituras» para ver si las cosas que escuchaban decir a Pablo eran ciertas. Se estaban asegurando de que estaban siendo confirmados en la Palabra de Dios.

Seguramente, tú también podrías admitir que, si comprometemos la claridad de las Escrituras, o si negamos la suficiencia de las Escrituras, o si negamos la autoridad de las Escrituras, estamos expuestos a un grave peligro. Todas estas piezas van juntas.

El cuarto atributo es que las Escrituras son el juez supremo en toda controversia. Esto lo tenemos resumido en la Confesión de Westminster, capítulo 1, párrafo 10: «El Juez supremo, por quien todas las controversias de religión han de ser determinadas, y todos los decretos de concilios, opiniones de escritores antiguos, doctrinas de hombres y espíritus individuales han de ser examinados, y en cuya sentencia hemos de reposar, no puede ser otro sino el Espíritu Santo, que habla en la Escritura».

La Biblia es viva y eficaz, como vemos en Hebreos 4:12. Siempre tiene la última palabra en todo asunto en el que se pronuncia. Esto se deriva directamente de su autoridad divina. Así que, ella es el juez supremo sobre todas las opiniones de los hombres, sobre todas las tradiciones de los hombres, es el juez supremo sobre los decretos de los concilios, sobre las antigüedades, sobre las tradiciones pasadas, y sobre los juicios privados de cada individuo.

Entonces, para la resolución de una controversia teológica, debemos acudir a las Escrituras en busca de respuestas, soluciones, y obtener así las conclusiones. Y, cuando se trata de una controversia teológica complicada,

necesitaremos, de manera especial, acudir a los textos originales, hebreo y griego, que Dios nos ha dado.

Bueno, con esto tenemos un resumen de la exposición doctrinal de estos cuatro atributos. En tercer lugar, necesitamos ver el aspecto polémico. Debemos considerar y responder a algunos de los principales argumentos que atacan a estos atributos de las Sagradas Escrituras. Esto nos ayudará a estar mejor preparados para refutar estos errores, y retener la verdad de la Biblia.

Pensemos en cada uno de estos cuatro atributos. Primero, sobre la autoridad de las Escrituras. Ninguna tradición no escritural puede coexistir con la Biblia. Las Escrituras contienen todas las tradiciones apostólicas que Cristo quiso entregar a su iglesia.

Bueno a esto, naturalmente, se opone la iglesia católica romana. Ellos consideran las tradiciones de su iglesia al mismo nivel, o con la misma autoridad, que la Biblia; lo cual los pone a ellos, en efecto, por encima de la Biblia.

Jesús nos enseña que esto es lo que sucede cuando los hombres intentan elevar la tradición al lugar que le corresponde a la Escritura. Él dijo en Marcos 7:7-9: «Y en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, mantenéis la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de las copas; y hacéis muchas otras cosas semejantes. Les decía también: Bien anuláis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición».

Verás algo similar en el pasaje paralelo de Mateo 5. También puedes considerar lo que Pablo dijo a Timoteo, en 1 Timoteo 4, al inicio del capítulo. El punto es que, cuando alguien, ya sea de la iglesia católica romana, o de otras tradiciones eclesiásticas, busca fomentar, promover o elevar sus tradiciones como autoritativas, puestas al mismo nivel que la Palabra de Dios, Jesús dice claramente que, cuando eso sucede, la autoridad de la Biblia es despreciada y menoscabada; es «[anulada]» —para decirlo en sus palabras—, y las tradiciones de los hombres usurpan su lugar. Así que, debemos estar alertas ante esta amenaza.

Segundo, debemos considerar los argumentos que se usan contra la suficiencia de las Escrituras. Existen muchas categorías que pueden ser útiles a la hora de pensar en sus implicaciones.

Una sería en el terreno de la adoración. Mucha gente viene al culto público de Dios con sus propias ideas, y piensan: «Bueno, podríamos usar nuestro ingenio, podríamos ser creativos; pensemos, pues, en cómo hacerlo más entretenido o más efectivo para impactar a mucha más gente». También miran al pasado y buscan cosas que les parecen atractivas, y demás.

Pero, en última instancia, es la palabra del hombre, son las ideas del hombre las que se presentan. Y, en el terreno de la adoración, la Biblia nos enseña que solo podemos proceder y adorar de la forma que Dios ha prescrito específicamente, como ha mandado o designado en su Palabra.

Así que, cuando se trata de la adoración, la Biblia es suficiente para enseñarnos cómo debemos adorar a Dios. Dios dice: «Acércate a mí con esta manera de adorar» la cual él mismo ha delimitado: con la predicación, el canto de los Salmos, la oración, lectura de la Biblia, el Bautismo y la Cena del Señor, y demás. Buscar algo fuera de la Biblia es negar la suficiencia de las Escrituras.

Ahora bien, esto es importante, tanto en términos de adoración como en términos de gobierno de la iglesia. Asimismo, cuando se trata de la filosofía del ministerio, o lo que la iglesia decide hacer o no hacer, hay muchos que tienen diferentes programas y agendas de lo que ellos piensan que será útil para alcanzar a los perdidos, o para edificar al pueblo de Dios.

Pero la Biblia nos enseña a ceñirnos al Libro, a ceñirnos a las Escrituras, al medio de gracia que Dios ha designado. Romanos 10:17: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Tenemos que utilizar el medio que Dios ha instituido en las Escrituras, y no buscar el entretenimiento, o el modelo que se usa en el mundo de los negocios, u otras cosas por el estilo. Esto contradice la suficiencia de las Escrituras.

También debemos tener cuidado con aquellos que vienen con lo que ellos llaman «nuevas revelaciones», diciendo que el Espíritu les ha hablado personalmente, o que han tenido una visión o un sueño, o que recibieron una profecía, o cosas similares. Las iglesias carismáticas promueven este tipo de ideas. Pero, esto va en contra de las Escrituras.

La Biblia nos dice que Dios nos habla por medio de su Palabra. En Isaías 8:20, leemos: «¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es

porque no les ha amanecido». Nosotros también debemos ceñirnos a la Biblia. Y, eso es importante para entender la piedad bíblica.

¿Cómo definimos la piedad? Podemos definirla según lo que dice la Biblia, lo que Dios dice en su Palabra, o según las doctrinas, mandamientos y tradiciones de los hombres. Habrá algunos que piensen: «Bien, aquí tenemos un conjunto de reglas que hemos ideado, y que creemos que serán útiles para promover la piedad».

Bueno, la pregunta sería: ¿todas esas reglas o directrices han salido de las Escrituras? Porque es la Biblia a la que hay que escuchar. Esto destaca la centralidad de la Palabra y el Espíritu en la vida del cristiano.

Isaías 59:21 dice: «Mi Espíritu que está sobre ti y mis palabras que puse en tu boca no faltarán de tu boca, ni de la boca de tu descendencia, ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, dijo Jehová, desde ahora y para siempre». Así que, aprendemos lo que la piedad es por lo que la Biblia misma enseña, no por lo que dicen los hombres.

Esto es útil también para la resolución de problemas espirituales, porque puede ser tentador recurrir a las ideas mundanas de la psicología popular y otras cosas, como la autoayuda y toda suerte de teorías sobre cómo solucionar los problemas espirituales. Ante esto, el cristiano dice: «No, nosotros necesitamos aplicar las Escrituras a nuestras circunstancias». Eso es la suficiencia de las Escrituras.

Tercero, necesitamos considerar la claridad o perspicuidad de las Escrituras. Existen dos errores que surgen aquí, dos extremos opuestos, por decirlo así. Por un lado, están los que dicen que la Biblia es muy difícil de entender para el ciudadano de a pie.

La iglesia católica romana dice esto. ¿Y qué da como resultado? Esto le quita la Biblia a las personas. No pueden confiar en ella. Entonces, se quedan confundidos, y tienen ideas equivocadas. Esto aparta la Biblia de la gente, y deja en su lugar toda su interpretación en las manos de los sacerdotes, y ellos dicen: «Nosotros te diremos lo que debemos creer; escúchanos a nosotros, no a las Escrituras».

Así que, esto es por un lado, el extremo de que la Biblia es demasiado difícil. Por otro lado, está el error de que la Biblia fue escrita para hombres

sencillos, y que toda la Escritura puede ser entendida igualmente por todos; el único intérprete que necesitamos es el Espíritu Santo.

Así, algunos rechazan la necesidad de ministros del evangelio en la iglesia, por ejemplo. Pero, su claridad no niega la necesidad de explicar y aplicar las Escrituras. Cristo prometió dar pastores y maestros, que se apoyan, por supuesto, en el fundamento de los apóstoles y profetas, para prevenir que los cristianos sean «fluctuantes y llevados por todo viento de doctrina», como dice Efesios 4.

El cuarto atributo de la Escritura como juez supremo en las controversias. El catolicismo romano reconoce que la Escritura es una regla, pero también exalta a la iglesia, y, particularmente, al Papa, por encima de la Palabra de Dios, en lugar de colocar a la iglesia bajo la autoridad de la Palabra.

Las tradiciones no bíblicas, como dijimos antes, suplantán la enseñanza inspirada de los profetas y apóstoles. Además, aunque los protestantes que creen en la Biblia pueden aprender de las enseñanzas de hombres fieles y piadosos del pasado, quienes expusieron y nos ayudaron a entender las Escrituras, no podemos apelar en última instancia a sus escritos no inspirados para zanjar un asunto. Los argumentos deben apoyarse en lo que Dios ha dicho en la Biblia.

En cuarto lugar, al considerar estos cuatro atributos de las Escrituras, ahora podemos destacar algunas implicaciones prácticas para nosotros. De nuevo, consideraremos cada uno de estos cuatro puntos.

Primero, la autoridad de la Escritura. Claramente, vemos que debemos someternos por completo a la autoridad divina de la Biblia. Santiago 1:21 nos dice: «Recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas». Debemos mostrar humildad y mansedumbre ante la Palabra de Dios. La autoridad de Dios demanda sumisión, que nos llevará no solo a recibirla, sino a obedecerla.

Justo el siguiente versículo, Santiago 1:22, dice: «Mas sed hacedores de la palabra, y no tan sólo oidores, engañándoos a vosotros mismos». Así que, la obediencia, que produce los frutos de la fe, es una aplicación necesaria como nuestra respuesta a la autoridad de las Escrituras.

Segundo, tenemos la suficiencia de las Escrituras. Y esto es vital para el conocimiento de la voluntad de Dios. Debes implementar la Biblia en tu propia vida, para ayudar a otros a discernir la voluntad de Dios para sus vidas también.

Tienes que aprender la voluntad del Padre, por medio de la obra de Cristo como profeta, siendo enseñado por el Espíritu en tu corazón. Eso significa que debes procurar integrar la Biblia en tus propias ideas, así como extraer de las Escrituras las cosas que Dios demanda de nosotros. Esto es ir «a ley y al testimonio».

Tercero, sobre el atributo de la claridad. En humilde dependencia al Señor, necesitamos una ferviente oración, y desarrollar la habilidad de estudiar bien las Escrituras, dependiendo totalmente del Señor.

2 Timoteo 2:15: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra de verdad». Eso significa que necesitamos estudiar, y estudiar con mucha oración. También significa que necesitamos beneficiarnos de la predicación y la enseñanza de fieles ministros enviados por Cristo para preparar a Su pueblo.

De nuevo, volviendo a Efesios 4:14, allí dice: «para que ya no seamos niños, fluctuantes y llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres, por la astucia que tienen ellos para las artimañas del error». Así que, necesitamos estar atentos, ser buenos oidores de la Palabra cuando es enseñada por ministros fieles.

Cuarto, sobre la Escritura como juez supremo en las controversias. En 1 Juan 4:1, leemos: «Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido en el mundo».

O piensa en las palabras de Jesús, en Juan 8:31 y 32: «Entonces dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará». Así que, el creyente y la iglesia, corporativamente, retienen la forma de las sanas palabras.

Tenemos que «[comprar] la verdad y no [venderla]». Tenemos que basar toda nuestra forma de pensar, nuestro conocimiento de la doctrina, y toda nuestra forma de ver la vida cristiana en las Escrituras. Y, cuando surjan con-

troversias, cuando surjan disputas sobre lo que debemos creer o no, la respuesta final y apelación última debe ser la Biblia misma.

Pues bien, en esta lección hemos visto cuatro atributos importantes de las Escrituras: su autoridad divina, la suficiencia y la claridad de las Escrituras, junto con su rol como juez supremo en toda controversia. En la siguiente lección, consideraremos la canonicidad de las Escrituras, donde abordaremos la cuestión: ¿Cómo llegamos a tener los 66 libros que comprende el canon de las Escrituras? ¿Cómo podemos estar seguros que estos son los libros que Dios nos ha dado?